

En el día de difuntos
ORAR ANTE EL MEDITERRÁNEO

En el día de difuntos es costumbre ir a visitar los cementerios, recordando a nuestros seres queridos y elevando una oración por ellos. Es una hermosa tradición, de fuertes raíces cristianas, que expresa nuestro cariño por las personas que nos dejaron y, a la vez, manifiesta la confianza en que más allá de este mundo les espera un Dios misericordioso. Yo mismo iré a los cementerios de Ciudadela y de Mahón para orar por los difuntos, pidiendo su eterno descanso.

Pero en el día de difuntos haré también algo especial: iré a la orilla de nuestro mar Mediterráneo y elevaré allí una oración por los miles de refugiados e inmigrantes que encontraron la muerte entre sus aguas. Según informe de la organización internacional para las migraciones, durante este año -hasta octubre de 2017- han desaparecido o muerto 2.726 personas, aunque es difícil saber cuántos fueron en realidad, porque sus nombres no figuran en ninguna lista de pasajeros. Cada uno de ellos tenía un rostro y una historia, una familia y unas esperanzas; era alguien con unos derechos inalienables como persona.

La guerra de Siria y la de Sudán del Sur, los desórdenes en Libia y el norte de África, el hambre, la miseria o la explotación les forzaron a abandonar su hogar y ponerse en manos de unos desalmados traficantes de personas. Después se subieron a frágiles pateras hacinadas de personas que acabaron por naufragar. Mayores y jóvenes, mujeres y también niños encontraron su final terrible entre las aguas del que un día fuera Mare Nostrum.

Desde el inicio de su Pontificado, el Papa Francisco ha denunciado con fuerza esta situación. En su discurso ante el Parlamento Europeo dijo que “no se puede tolerar que el mar Mediterráneo se convierta en un gran cementerio. En las barcas que llegan cotidianamente a las costas europeas hay hombres y mujeres que necesitan acogida y ayuda” (25/11/14). Y defendió la necesidad de legislaciones adecuadas que garanticen la acogida a los inmigrantes al mismo tiempo que se actúe sobre las causas, adoptando políticas que ayuden a los países de origen en su desarrollo sociopolítico y a la superación de sus conflictos internos.

No seríamos humanos si permaneciéramos pasivos ante esta tragedia. No podemos ser cómplices ante una situación injusta, que sólo genera sufrimiento y muerte. Por eso debemos unir nuestras voces para reclamar políticas migratorias justas y valientes. Y hemos de realizar esfuerzos para que nuestra sociedad pase de la indiferencia a la solidaridad.

El cementerio más grande de Menorca está en nuestras costas. Os invito a que, en el día de difuntos, os acerquéis a la orilla del mar y, en silencio, penséis en la tragedia de tantas personas, en su terrible muerte, y elevéis una plegaria por sus vidas truncadas, por tantas esperanzas de paz y bienestar que quedaron ahogadas en esas aguas. ¡Inmigrantes y refugiados, descansad en paz! Que el buen Dios os acoja en su compañía. Y que no deje que nuestra conciencia se tranquilice ante el drama que vivisteis.

+ Francesc Conesa
bisbe de Menorca